



La vida da giros extraños. Aún no ha dejado de sorprenderme que un grupo como los **Red Hot Chili Peppers** se haya convertido en un producto de consumo masivo aunque en su momento, cuando llegó el éxito multitudinario —con el extraordinario *Blood Sugar Sex Magik*— me alegré bastante; me pareció una justa reivindicación del que por entonces era uno de mis grupos favoritos. Ahora, en el 2012, casi lamento ese éxito, porque a la larga me ha dejado sin la música de la banda que yo admiraba, los ha convertido en otra cosa. Ahora son, para mi gusto, una bandita intrascendente, pero así son las cosas. Nunca llueve a gusto de todos. Pero bueno, por una vez obtuvo el éxito quien lo merecía.

Pero antes de eso hubo un día en que los Red Hot Chili Peppers estuvieron acabados. O eso es lo que decía la gente y no sin motivo. Cuando murió su guitarrista original **Hillel Slovak** parecía no haber ningún futuro para ellos. No cualquier individuo podía ocupar su puesto. Hillel era un músico especial; su forma de tocar era especial. Era un guitarrista enérgico, el típico guitarra de rock en algunos aspectos, pero además tenía el funk en sus muñecas. Un tipo particular de guitarrista que no se encuentra fácilmente; en los noventa hubo decenas que intentaron cultivar ese estilo y la mayor parte de ellos sólo conseguían sonar a pastiche. No era fácil sustituir a alguien como Hillel Slovak. Los Peppers, contra todo pronóstico, encontraron un suplente idóneo “robando” a un **John Frusciante** de diecinueve años que estaba en plena audición para entrar en **Thelonus Monster**. Frusciante era un genio, eso lo puede decir cualquiera que admire por igual el funk-rock y la guitarra eléctrica. Aunque necesitó un disco de transición —el nervioso, irregular y quizá demasiado brusco, pero pese a todo bastante bueno *Mother's Milk*— para acercarse y, por qué no, en algunos aspectos superar el trabajo de Slovak a las seis cuerdas. Después, repetición de la historia; los Peppers siempre tuvieron mala suerte con los guitarras. Slovak había tenido muy serios problemas con las drogas, y Frusciante empezó a tener muy serios problemas con las drogas. Enfrentado con sus propios demonios internos y asaltado por episodios más que preocupantes de enfermedad mental, Frusciante sobrevivió a un negrísimo infierno de manera que sólo podemos calificar de milagrosa. A mediados de los noventa nadie daba un duro por su vida, literalmente; quizá deberíamos dedicar un artículo a su indescriptible travesía por el mundo de los casi muertos. Pero Frusciante, como decimos, salió del pozo y pudo volver a su antigua banda aunque estuvo muy, muy cerca del abismo.

Hillel Slovak no tuvo tanta suerte. Dentro de poco se cumplirá el quincuagésimo



aniversario de su nacimiento, pero él no sobrevivió y no está aquí para celebrarlo. Lleva ya tanto tiempo muerto como tiempo estuvo vivo. Pero —y ninguno de los actuales o pasados miembros discutiría jamás esa idea— los Red Hot Chili Peppers son su banda, más que de ningún otro.



Los escolares Flea y Hillel en tiempos más inocentes.

El grupo, que no nació como un grupo establecido sino más bien como una especie de comunión de amigos sin un propósito musical muy definido, basculaba en torno a Hillel. Enseñó su música a sus compañeros, les mostró el camino a seguir, les contagió sus influencias y fue el líder en torno al cual orbitaron durante sus años de formación. **Flea**, por ejemplo, era un trompetista de conservatorio y fue Hillel quien lo convirtió en lo que conocemos hoy. Sin embargo, en los inicios, el guitarrista iba y venía. Puede resultar extraño visto desde ahora, pero los Peppers no eran la prioridad musical para Hillel, sino más bien un mero divertimento con el que dar rienda suelta a su ramalazo más funky mientras intentaba sacar adelante a su otra banda, la “principal”, **What is this**. De hecho, cuando los Peppers entraron en el estudio para grabar el primer álbum del grupo, llamado simplemente *The Red Hot Chili Peppers*, Slovak había abandonado la banda temporalmente. En aquel disco no tocó una sola nota y tuvo que ser reemplazado por **Jack Sherman**, un buen guitarrista pero que no conseguía que la banda sonara igual. Además de la pobre producción del disco, sin Hillel no eran lo mismo. Basta comparar una canción como *Out in L.A.*, en [la floja versión del álbum](#), y en una versión grabada previamente, una poderosa maqueta [con Hillel a la guitarra](#).

Los Peppers no funcionaban sin Hillel Slovak; no funcionó aquel primer disco, no funcionaba el directo... la química ya no estaba allí. **Anthony Kiedis** y el bajista **Flea** sabían que la esencia se había evaporado junto con Slovak, así de importante era el guitarrista para ellos. Hicieron todo lo posible por hacerlo volver a casa. Lo consiguieron. Hillel regresó a tiempo para grabar el segundo disco, producido por uno de los ídolos del grupo, el gran **George Clinton**. Aquel nuevo álbum, *Freaky Styley*, curiosamente tampoco contó con la formación original: el batería **Jack Irons** también se había ido temporalmente y fue suplido por **Cliff Martinez**, un buen suplente, por cierto. Pero la presencia de Hillel a las seis cuerdas [ya se dejaba notar](#). Él era el guitarrista que necesitaba la banda. O mejor dicho: por entonces, a juzgar por lo que opinaban sus compañeros, él era la banda.



Cuando Jack Irons decidió regresar también, los cuatro Peppers que habían comenzado la banda pudieron juntarse finalmente en un estudio. Parieron el tercer álbum del grupo, *The uplift mofo party plan*, que fue el primero y único grabado por la formación original. Finalmente, un disco de los Peppers sonaba [a lo que la banda quería sonar](#). Hillel tenía esa vibración de guitarra a medio camino entre el rock y el funk que había heredado de **Hendrix** o de **Eddie Hazel** de **Parliament/Funkadelic**, y que era una de las principales señas de identidad del grupo. Sí, aquello era funky como el demonio. Por aquel entonces los Peppers empezaban a ser conocidos gracias a sus actuaciones gamberras con calcetines cubriéndoles los genitales o a sus vídeos más bien chorras, en los que Hillel solía robar la gloria cuando llegaba el momento [de su solo de guitarra](#). El tipo estaba tocando realmente bien. Era un “guitar hero” en ciernes. Sólo necesitaba un gran éxito para convertirse en un icono de las seis cuerdas.

Aunque honestamente, nadie pensaba que los Peppers fuesen a alcanzar ese éxito. Ni ellos mismos. Eran un grupo “underground” aunque tras aquel tercer disco ya hubiese algunos nombres importantes de la industria que les dedicasen entusiastas elogios (**Aerosmith**, **Metallica**, etc). Los Peppers, a decir verdad, no estaban demasiado preocupados por adaptarse a las modas: a final de los años ochenta su actitud irreverente, su estética y su música estaban completamente “fuera de onda” y no parecían tener intenciones de cambiar. Hoy podrá parecernos una tontería, pero llegaron a ganarse críticas de grupos feministas por actuar sin camiseta o por sus letras más bien guarras. Y desde luego tampoco agradaban a los grupos cristianos rodando vídeos sobre [colegialas católicas](#) en celo.

¿Quién necesitaba el éxito? Al parecer ellos no. Probablemente habían llegado ya mucho más lejos de lo que nunca habían previsto; grababan discos, rodaban videoclips... ¿para qué tener una actitud acomodaticia? Eran unos de los *enfants terribles* del negocio. Pero dos o tres años más, y la formación original de los Peppers hubiese llegado unida al momento en que la industria musical dio un giro y todo el mundo empezó a imitar lo que ellos habían estado haciendo. Un par de discos más y una buena parte de las bandas de rock del planeta estarían influidas, en mayor o menor medida, por sonidos o actitudes de los Peppers. En 1987, sin embargo, todavía se los consideraba una rareza, una pequeña parada de monstruos que rendía culto nostálgico a unos estilos pasadas de moda; lo cual, como suele suceder a menudo, estaba conformando la nueva modernidad. Faltaban apenas tres años para la explosión del “rock de fusión”, lo que ellos hacían, pero la droga impediría que Hillel Slovak llegase a verlo con sus propios ojos.



La formación original de Red Hot Chili Peppers: Flea, Kiedis, Irons, Slovak.

La heroína había entrado en el grupo pero como suele suceder en estos casos, no afectaba a todos los miembros de la misma forma. Anthony Kiedis, por ejemplo, modificó visiblemente su conducta y a todo el mundo le quedó claro que se había convertido en junkie. Hillel Slovak, por el contrario, era un tipo unido a su familia y se sentía profundamente avergonzado por su adicción. Es más, durante bastante tiempo logró disimularla con maestría y poca gente, aparte de sus colegas de banda, sabían de su problema con la heroína. Paradójicamente, pese a esa capacidad para el disimulo estaba mucho más enganchado que Kiedis y al contrario que el cantante, sencillamente no soportaba los intentos de rehabilitación. Slovak siempre había sido el “más artista” de los cuatro Peppers, el que pintaba y escribía, el más sensible. Era el que decía en las entrevistas que la música de **Sly Stone** lo había hecho llorar muchas veces, porque pensaba que “[su música es la Biblia, es sagrada](#)” (ieso es un hombre con criterio!). Pero la drogadicción lo estaba arrastrando a un punto de no retorno y lo hizo caer finalmente en un pozo de aislamiento. Durante la gira de *The uplift mofo party plan* empezó a aislarse del resto del mundo y se convirtió en la clase de adicto del que uno termina pensando, normalmente con razón, que nunca saldrá adelante. Los hay que pasan por la heroína y salen; los hay que no salen jamás y Hillel era de estos. Un caso muy similar al de **Layne Staley**, el cantante de **Alice in Chains**, cuya muerte por sobredosis era prácticamente un final anunciado desde hacía años. Hillel estaba en ese mismo pozo. Una y otra vez anunciaba su deseo de abandonar la heroína, pero sin la droga sencillamente perdía la cabeza. Su comportamiento se volvía inmanejable, abandonaba el escenario a mitad de concierto... no podía vivir sin heroína. Incluso el “junkie oficial” de la banda (de puertas afuera), Anthony Kiedis, podía mantenerse limpio a temporadas y cumplir con las actuaciones. La situación era tan mala que sus compañeros recurrieron a expulsarlo temporalmente de la banda, para ver si así reaccionaba. Los Red Hot Chili Peppers, pues, hicieron varios conciertos con “**Blackbird**” **McNight**, guitarrista de Funkadelic, sustituyendo a Slovak. Poco antes de terminar la gira, Hillel pidió una oportunidad y le permitieron volver al grupo. Acabaron las actuaciones pactadas, pero en cuanto volvieron a pisar Los Angeles... Hillel Slovak desapareció. Literalmente.

El 25 de junio de 1988, después de varios días de preocupación, sus amigos y familiares llamaron a la policía, que forzó la puerta de su casa. Hillel Slovak fue



encontrado en su apartamento, muerto por una sobredosis de heroína; tenía veintiséis años.

Aún no había nacido la “era alternativa” y el que podía haberse convertido en uno de los rockeros icónicos de la década de los noventa había muerto antes del advenimiento. Era como si **George Harrison** hubiese muerto antes de la Beatlemania: probablemente poca gente conocería hoy su nombre. En aquel 1988, nadie en el mundillo musical concebía cómo iban a poder los Peppers sustituir a un guitarrista tan particular, en quien descansaba el alma de la banda. Durante un tiempo, críticos musicales y fans daban por finiquitada la historia del grupo. Los propios músicos dudaban de poder seguir adelante, dada la dificultad de encontrar un guitarrista idóneo. Algo nada fácil, como se vio años después con **Dave Navarro**: un guitarrista fantástico e imaginativo, pero que no terminaba de encajar del todo. El batería Jack Irons pensó que sin Hillel aquello no tenía sentido y se marchó. Sin embargo, en mitad de la más negra incertidumbre, un golpe de suerte cruzó a Flea con el jovencísimo John Frusciante, ficharon a otro batería (**Chad Smith**) y los Peppers renacieron de sus cenizas. Grabaron *Mother's Milk*, que era más guitarrero de lo habitual en ellos y gracias al cual tuvieron su primer gran éxito (su famosa versión de [Higher ground](#), el clásico de **Stevie Wonder**). Un Frusciante veinteañero aún se debatía entre su yo hard-rockero y las influencias que a marchas forzadas estaba asimilando de los discos grabados por Slovak (el propio Frusciante decía: “yo no era un guitarrista funky, todo lo aprendí imitando a Hillel”) pero en algunas canciones conseguía [casi imbuirse del espíritu de su antecesor](#), aunque todavía recurriendo a más de una pista de guitarra. Todo cambiaría en el siguiente álbum, *Blood Sugar Sex Magik*, donde Frusciante [terminó de crecer](#) y se convirtió en el paradigma de guitarrista de los años noventa, mezclando a Slovak con Hendrix. El éxito de la banda se multiplicaría hasta hacer de ellos un fenómeno mundial: Europa, Asia, Sudamérica... los Peppers estaban en todas partes.



La heroína condujo a Hillel a un callejón sin salida.

Pero Hillel Slovak no había vivido para verlo. Uno cerraba los ojos y podía escucharlo a menudo en la forma de tocar de Frusciante, desde luego, como a veces uno escucha a Hendrix en la forma de tocar de **Stevie Ray Vaughan**. Ni siquiera el propio Frusciante negaba este hecho evidente, por más que en algunos aspectos hubiese igualado o incluso superado a su predecesor. Dado su carácter



humilde, el genial guitarrista no tenía inconveniente en considerarse un sustituto de Hillel por más que todos estuviésemos comprobando que en realidad había ido más allá y también había creado su propio lenguaje. Pero él se consideraba un seguidor; por seguir a Hillel, estuvo a punto de seguirlo incluso a la tumba.

Los Red Hot Chili Peppers, los que un día conocimos, sobrevivieron a la pérdida física de Slovak pero no a su pérdida espiritual. El caos personal en que se vio sumido Frusciante, su heredero directo y el portador de su antorcha, alejó a los Peppers del sonido Slovak. Grabaron un disco con Dave Navarro (*One hit minute*, denostado por muchos por entonces, pero mejor que cualquier cosa que hayan grabado después) mientras el pobre John se debatía entre la vida, la muerte, la degeneración y la locura. Pese al domesticado retorno del atormentado Frusciante, que aparentaba quince años más de los que realmente tenía, los Red Hot Chili Peppers ya estaba navegando en otra dirección. El cantante Anthony Kiedis se hizo con el timón de la banda y los Peppers se convirtieron, con la dócil aquiescencia de Flea y Chad Smith, en un grupo de pop melifluido, donde el funk-rock de sus seis primeros discos terminó siendo un mero condimento para adornar otro tipo de producto. Siempre resulta más fácil idealizar a quien se ha ido, pero uno no imagina a Hillel Slovak dejándose arrastrar como le ocurrió durante años al pusilánime Frusciante, uno de los músicos de rock con más talento del panorama —eso sin duda— pero también un individuo sin demasiado rumbo fijo... bastante tiene con mantenerse cuerdo y seguir vivo, no vamos a pedirle más. A veces no es solamente lo que un músico toca con su instrumento lo que escuchamos en los discos, sino que también escuchamos su personalidad, su capacidad para decirle a sus compañeros o a sus productores “esto no”. Frusciante mimetizó de manera asombrosa el estilo interpretativo de Hillel Slovak, e incluso lo redondeó, pero Frusciante no era alguien destinado a heredar su espíritu. Aun así, hay que reconocerle un mérito: prolongó los días de gloria (y hablo de gloria musical) haciendo lo imposible y supliendo a quien no parecía tener suplente. Pero aquellos días de gloria no estaba destinados a durar. Esperaba otro tipo de gloria, la comercial, y otro tipo de público que está hecho para otro tipo de banda, la que son ahora, una banda de pop.

Para cada cambio artístico siempre están los que descubren algo nuevo y los que pierden algo que conocían. Con el cambio de estilo, muchos perdimos a aquella desenfadada banda de funk-rock y otros muchos ganaron una banda que fabrica estribillos *radio-friendly* en cadena. ¿Quién tiene razón? No lo sé, pero hubo unos días en que los Red Hot Chili Peppers sonreían y bailaban mientras grababan un



disco. Los días de Hillel Slovak. Como suele decirse: [qué tiempos aquellos](#).

